

X Torneo Escolar de Lectura en Público

Los hijos del capitán (Fragmento)

Juan Farias

CUADERNO I

Puerto Paula es un pueblo de pescadores. Está al borde de un acantilado, entre nidales de gaviotas.

Puerto Paula es un pueblo pequeño, antiguo, de pocas casas y una sola iglesia. Casi todos sus habitantes son pescadores de bajura.

Puerto Paula a más de antiguo iba para viejo, pero vino un alcalde, de nombre Amadeo, que hizo remozar fachadas, limpiar calles y traer el agua desde los manantiales a la plaza, devolvió cada gallina a su corral, puso collar a todos los perros y antes de morir decidió que de su casa hiciesen un orfanato.

La casa de don Amadeo es grande. Está pasado el bosque de los tilos. Tiene puerta y patio, todo ello rodeado por una tapia que a trozos lo es también del camposanto.

El tiempo y otra vez el descuido trajeron ratones al sótano y murciélagos a los aleros del tejado.

Dicen que el sitio es lúgubre.

Fue mi casa cuando aún era niño y ya no tenía padres. Entré a vivir con otros chicos que también eran huérfanos.

Los chicos éramos de éste y otros pueblos. Unos venimos a la orfandad por culpa de una guerra que hubo, otros por la galerna o sólo a capricho de la muerte que a veces se viene para dejar a un niño abandonado.

Para cuidarnos había dos mujeres, una de ellas moza, y el director, un viejo marino ya jubilado, capitán de un barco que se hundió no sé dónde.

El viejo se llamaba Mateo, pero nosotros lo llamábamos Capitán y esto le hacía gracia.

*

Yo nací más al norte, en el Finisterre. Mi padre era pescador y mi madre encajera. Los dos murieron el mismo día, no sé por qué ni cómo. No me dejaron verlos muertos ni ir al entierro.

Las personas mayores no dejan que los niños se acerquen a la muerte.

Durante algún tiempo viví al cuidado de alguien en una casa donde un perro le ladraba a la Luna, donde un reloj de pared sonaba a la media noche, donde pasaba las noches y no dormía esperando que mamá viniese a arroparme.

Una tarde metieron mis cosas en una maleta.

—Tienes que irte, Juan —dijeron—. Vas a vivir con otros chicos.

Yo dije:

—Quiero quedarme.

Se me explicó:

—No puede ser. Somos muchos y tenemos poco.

Embarqué en el patache de Marcos, un buhonero que hacía el cabotaje entre el Finisterre y Portugal. Entraba en los puertos más pequeños y vendía cosas.

Navegamos toda la noche.

Pregunté:

—¿A dónde voy, Marcos?

—A Puerto Paula.

—¿Al orfanato?

Se encogió de hombros y dijo:

—Me pagan por llevarte, rapaz.

Llegamos de amanecida.

Antes de atracar Marcos izó a la arboladura ristras de cacerolas, cirios, mimbres, corbatas y de todo.

Luego se puso a tocar la gaita.

Hacía sol cuando llegué al orfanato. Los chicos estaban en el patio jugando a chapas. El Capitán salió a recibirme.

—Bienvenido a bordo, marinero— sonrió.

CUADERNO II

No éramos muchos. Me acuerdo de casi todos y a algunos los echo de menos. Han pasado casi cuarenta años.

Soy marino. Voy de un lado para otro, pero sé que el día menos pensado, al bajar a tierra en sabe Dios dónde, voy a encontrarme con Bricio, Celso, Casimiro o cualquiera de ellos y será emocionante.

Brindaremos por aquellos años en los que fuimos aprendiendo a vivir, y por el Capitán, que descansa en paz en aquel cementerio, al borde del acantilado.

El día que esto ocurra lo dejaré escrito en el Diario de a Bordo señalando latitud, longitud y hora, día y año.

De algunos me acuerdo mejor que de otros.

Por ejemplo, me acuerdo muy bien de Casimiro, que era el más pequeño y triste.

Casimiro siempre andaba solo o alrededor de la señora Julia, que era la encargada de fregar el suelo y los cacharros de la cocina.

La señora Julia iba de un lado para otro con el cubo, la fregona y Casimiro pegado a su sombra.

Una tarde en que estábamos en el patio sin jugar a nada, sólo tomando el sol, la señora Julia se acercó a nosotros.

—Quitarme de encima esta mosca o acabaré dándole un golpe —dijo.

Se refería a Casimiro.

Dámaso dijo:

—El chico no hace nada malo.

Martín, que tenía la cabeza escondida debajo de la boina, asomó un ojo.

—¡Dale, mujer!

La señora Julia era muy nerviosa.

—Cualquier día lo hago —dijo y se fue.

Casimiro iba a ir tras ella, pero Dámaso lo detuvo:

—Déjala, chico. Túmbate un rato al sol.

Casimiro miró a Dámaso para decirle:

—Huele como mi mamá.

Martín vino a huérfano porque su padre, que era viudo, se cansó de serlo, hizo las male-
tas y se marchó con otra señora.

Por la noche, ya en la cama, a lo mejor hablábamos de tener padre.

Martín decía:

—¡Qué asco!

Hablábamos de mamá.

Martín preguntaba:

—¿A la mía quién le dijo que podía morirse?

Hablábamos del Capitán.

Martín decía:

—Yo, cuando sea una cuarta más alto, me largo de esta conejera.

Una vez protesté:

—Nadie habla contigo.

Nos peleamos y ganó él. Martín también era muy bruto y sabía golpes secretos.

*

Legítimos o ilegítimos, todos nos sabíamos hijos de alguien, de fulana, de mengano o sólo de fulana de tal, todos menos Dámaso y Diego.

A Dámaso no parecía importarle demasiado y Diego tenía imaginación.

A Diego, cuando aún no había cumplido la semana, lo encontró alguien en una caja de zapatos, debajo de un níspero, desnudo y envuelto en una manta.

De muy pequeño, cuando aún no sabía andar, estuvo en la casa cuna de no sé dónde.

Después se vino a vivir con el Capitán y fue uno de mis mejores amigos.

Creo que estaba un poco loco.

—Puedo ser el hijo de un marinero y una pescadora rubia.

Éste era uno de sus cuentos preferidos.

Se miraba al espejo y decía:

—Mi madre también tuvo los ojos azules, estoy seguro.

A Martín le molestaba la gente divertida.

—Mira, Diego, tu madre fue una que dijo: ¡Ahí te quedas!

Martín siempre buscaba pelea, pero Diego no era capaz de enfadarse.

—También puede ser eso —decía.

A Diego le gustaba correr por la playa, contar las gaviotas, beberse la mar y reír sin saber por qué.

*

Me acuerdo de todos, pero a Dámaso es al que más echo de menos.

Dámaso era huérfano desde siempre.

Antes de venirse a vivir con el Capitán vivió en muchos sitios y con muchas personas distintas. Algunas le pegaban.

—Me hacían pedir limosna —contaba.

—A veces iba a robar —presumía.

Para dormir, los portales o el aire libre, en el trigo o en las barcas varadas, no importaba dónde si era lejos de los perros que no ladran.

—¿Y cuando aún no te habían salido los dientes? —le pregunté un día.

—De eso no me acuerdo.

Dámaso no le tenía miedo a casi nada. No le importaba la oscuridad ni estar solo. Era capaz de bajar al sótano o subir al desván sin luz y aunque hubiese tormenta.

*

Me acuerdo de Paca, la cocinera, que era buena moza y tenía novio por correo. Paca, cuando recibía carta, era una fiesta capaz incluso de hacer dulce de cebollas.

Me acuerdo del pueblo y de la gente.

Por acordarme, me acuerdo incluso de cosas que no ocurrieron jamás.